

LA LÓGICA DEL TERRORISMO: DEL TERROR AL HORROR EN LA CARTA DE RAÚL GUERRA GARRIDO

María-Dolores Alonso-Rey

(Universidad de Angers. Francia)

Mariadolores.chevallier@univ-angers.fr

Resumen:

El terrorismo se sirve de la amenaza para alterar el comportamiento de los individuos. De esta manera desorganizan la sociedad y se apoderan psicológicamente de la población. En *La Carta* de Raúl Guerra Garrido se recrean artísticamente la lógica del terrorismo y sus efectos sobre el individuo y sobre el grupo social. Examinaremos dicha recreación analizando primero la escritura del miedo, la modificación del vínculo social y por último la respuesta dada al estímulo y su alcance. La imagen resultante es la de una víctima sojuzgada que se integra en una sociedad regida por la anomia.

Palabras claves: Víctimas, representación, lógica del terrorismo, escritura del miedo.

Abstract:

Terrorism uses intimidation to modify the behavior of the individuals. That way, it disrupts the society rules and takes a psychological grip on the population. In *La Carta* of Raúl Guerra Garrido, the logic of terrorism and its effects on the individual and the social group are expressed in an artistic way. We will first consider this recreation through an analysis of the written expression of fear, the modification of the social link and then the reaction to the stimulus and its consequences. The resulting image is that of a subjugated victim who integrates a society ruled by anomy.

Key words: Victims, representation, logic of the terrorism, written expression of fear.

Desde sus inicios anarquistas, el terrorismo ha sido objeto de atención por parte de novelistas extranjeros y españoles (Suerio 2008). La figura del terrorista fue centro de atención en los relatos clásicos sobre el tema, como los de Dostoïevsky o Conrad, y también en los españoles que se ocuparon del terrorismo de la segunda mitad del siglo XX (Alonso Rey 2007). Pero del tema tratan también narraciones cuyos protagonistas son las víctimas. En sus novelas vascas, Raúl Guerra Garrido presenta diferentes tipos: un secuestrado en *Lectura insólita del capital*, una víctima vengativa en *La costumbre de morir*, una víctima de la anomia que genera el terrorismo en *La soledad del ángel de la guarda* y un extorsionado en *La carta*. Estos relatos, inspirados en hechos reales tratados literariamente, presentan dilemas morales que interrogan sobre la condición humana. Escribir sobre el terrorismo no sólo es un dilema estético, sino también ético y moral (García 1998: 36). En el caso de Guerra Garrido, víctima y miembro fundador del *Foro de Ermua*, se convierte en acto de valor cívico (Abellán 2008: 141). Estamos lejos pues de los planteamientos postmodernos sobre literatura y terrorismo en los que se equipara al novelista y al terrorista (Houen 2002).

La carta (1989) es una novela ubicada y escrita en los llamados años de plomo, en una sociedad en la que el terrorismo trazaba fronteras entre quienes podían ser asesinados, quienes fingían para no serlo y quienes apoyaban a los asesinos (Calleja 2006:117). Entre 1980 y 1989, ETA asesinó a 390 personas (Alonso 2010:253). En esos años de desorganización y aislamiento de las víctimas, nacieron los primeros movimientos cívicos que ocuparon el espacio público con sus denuncias silenciosas (Cuesta 2007: 12-14).

La banda se financió directamente, hasta 1992, a través de la extorsión, el secuestro, el robo a bancos y a empresas. Luego reorganizó su gestión económica a través del "Proyecto Udaletxe" coordinando su entramado social, asociativo y mercantil (Buesa 2011:132). La extorsión estaba a cargo de un grupo compuesto por un comité ejecutivo (Zuba) y dos órganos: uno encargado de la recaudación (Gezi) y otro de los gastos (Diva). Entre este y las víctimas se encontraban los miembros del grupo de presión (Talde) y los intermediarios. Se estima que unos 2200 empresarios cedieron al chantaje. No se condenó a los que pagaron pues se les aplicó la circunstancia eximente del "estado de

necesidad". A algunos se les protegió. La Hacienda Foral de Vizcaya asimilaba la extorsión a gastos deducibles en las declaraciones de impuestos (Buesa 2011: 8-91). Los menos, como Juan Alcorta, se negaron a pagar y lo explicaron: "prefiero cualquier cosa que ceder a un chantaje que está destruyendo mi tierra. [...] Los vascos no somos cobardes" (Calleja 2006: 130).

Ante la falta de respuesta pública de las organizaciones profesionales, los chantajeados se vieron aislados, pues eran a la vez víctimas, colaboradores a la fuerza y delincuentes, si pagaban. Por ello, han sido los más reacios a dar testimonio (Cuesta 2000: 123-124).

El objetivo de nuestro trabajo es examinar de qué manera esta novela recrea artísticamente los efectos de la amenaza terrorista sobre un individuo extorsionado y su grupo social, cómo se representan en la escritura literaria la lógica y las consecuencias del terrorismo para ofrecer "la radiografía de una sociedad enferma" (Abellán 2008:141). Para ello analizaremos primero la escritura del miedo, en segundo lugar la modificación del vínculo social y por último la respuesta dada al estímulo y su alcance.

1. Efectos de la amenaza terrorista en el individuo

La representación del miedo no es algo nuevo en la literatura (Veignes 2009). De esta emoción se ocuparon las ficciones góticas que explotaban el miedo a los muertos y a lo fantasmal (López 2008: 193), los relatos de Poe, que buscaban una "unidad de efecto apuntando a los temores irracionales de los lectores" (Llácer 1996:17) y los de Lovecraft para quien un auténtico relato de horror era el que creaba en el lector una sensación de inquietud o terror. Tampoco es original el tratamiento del miedo causado por un chantaje prolongado. Stefan Zweig en *Angst* (1920) (*Miedo*) trata el tema del adulterio de manera novedosa. Un marido engañado paga a una actriz para que chantajee a su mujer con el fin de hacerla volver a sus brazos. Ante el aumento de la presión, la adúltera decide suicidarse de modo que parezca un accidente. El marido evita la muerte y confiesa la manipulación. Este relato se erige en intertexto (Rifaterre 1980) de La Carta dadas las numerosas similitudes que existen entre ambos: el sentimiento de culpa del protagonista, el chantaje mediante escritos, la degradación cognitiva y física del chantajeados, la

incomprensión de los allegados, el suicidio fallido maquillado en un accidente, la postración final, el nombre de la protagonista de Angst, Irene, que coincide con el del icono erótico de Luis Casas. Todas estas referencias ubican *La carta* en el universo literario, sin por ello desdeñar la referencialidad (Samoyault 2001:77-85).

La singularidad de *La Carta* reside en el tipo de miedo representado, el causado por el terrorismo, y en su expresión. Este relato tiene por objeto la interioridad de un extorsionado amenazado de muerte que, en su soledad radical, hace del discurso dirigido a sí mismo su único asidero. Hablar solo es una reacción psicológica que aparece en momentos de gran tensión. El monólogo interior autónomo, figura narrativa de la soledad (Cannone 1998:87-100), se utiliza también en *La soledad del ángel de la guarda* donde la dimensión lúdica del lenguaje permite al escolta, soportar la presión y la espera (Alonso Rey 2014:75-78). La sincronización entre experiencia y narración es perfecta: el narrador cuenta simultáneamente lo que vive tanto en el exterior como en su interioridad. El pasado aparece siempre como consecuencia de la memoria asociativa, no como relato organizado de forma cronológica. Contrariamente a lo que ocurre en otras narraciones del fluir de la conciencia, en *La carta*, las estructuras gramaticales son las de la comunicación: la sintaxis es clara, propia del discurso ordinario. La pureza del género exige una sintaxis exclamativa donde lo emotivo –interjecciones, interrogaciones retóricas, verbos de sentimiento, pensamiento- desplaza lo objetivo. Para mantener la ilusión del monólogo interior, el discurso debe ser anti-descriptivo, anti-narrativo, estar exento de formulaciones que constaten hechos y de estructuras tales como “yo + verbo de movimiento o acción (Cohn 1981:245-263). En *La carta* aparecen descripciones, desplazamientos corporales y diálogos. Esto es posible porque se producen variaciones en la focalización, pues se alterna la interioridad con el mundo exterior del que se da cuenta con una tonalidad declarativa (Cohn 1981:263-278). Si el monólogo interior se reprobaba por ser una figura de estilo con la que el narcisista moderno expresa su individualismo anómico (Chrétien 2009), en *La carta*, es sumamente eficaz para denunciar los estragos del terror. No es en absoluto artificial porque este surge de una necesidad psíquica: el amenazado de muerte se apoya en su propio discurso para explorar una realidad que de repente se vuelve tan enigmática y hostil como su nueva vida psíquica.

La estructura de la narración también justifica el monólogo interior. Sus treinta y un capítulos dispuestos en orden decreciente remiten a una cuenta atrás. Esta supone una tensa espera durante un tiempo conocido, tras el cual se produce un acontecimiento espectacular, bien positivo, como los fuegos artificiales, o negativo, como la explosión de una bomba. De la misma manera que a menudo se verbaliza el cómputo del tiempo, el extorsionado produce un discurso para sí que acompaña el paso del tiempo en el plazo asignado. La cuenta regresiva parece enmarcar los padecimientos de Casas para reunir y pagar la suma exigida. Si lo logra quedará con vida, si no lo logra, morirá. Se espera una estructura cerrada, dual y antinómica. Pero la cuenta atrás significa también que lo valioso viene después. Si esto es así, el relato se convierte en el preámbulo de un acontecimiento futuro no contado. Parece como si se hubieran querido reunir las dos posibles salidas a las que conduce una cuenta atrás: la negativa, en forma de autodestrucción, y la positiva en forma de acontecimiento espectacular por lo inesperado: la colaboración con el terrorismo.

Existe una correspondencia absoluta entre el tiempo de la narración y el tiempo de la historia. El discurso de Casas surge a raíz de acontecimientos inhabituales que desordenan la mente en un momento en el que el cuerpo se encuentra inmóvil. Dos hechos, paralelos y antinómicos, señalan la evolución moral del protagonista, enmarcan la estructura temporal decreciente y justifican el íncipit y la conclusión del monólogo. Casas comienza a hablarse, perturbado por su quincuagésimo aniversario y por el retraso que le causa respetar una barricada levantada por miembros del entorno terrorista. Se aleja de tal realidad intelectualizándola: "símbolo de los malos pensamientos [...] metaforiza mi alto en el camino" (Guerra 2007: 11) Llena el tiempo de espera describiendo el mundo exterior ("la barrera en sí misma es de lo más inocente, unas pocas tablas, un montón de ladrillos...")(Guerra 2007: 12) y el impacto que este tiene en su conciencia: " Ni me muevo ni me avergüenzo y eso incrementa mi mal sabor de boca" (Guerra 2007:15). Se mantiene en una posición equidistante ante los que causan la violencia y ante quienes la combaten. El estatus de este discurso no está claro: ¿es un discurso pensado o pronunciado? Al final del relato, el discurso es únicamente mental e incomunicable, dada la parálisis total del monologante al saltarse un control policial, barrera legal esta vez, con fines suicidas. Ha pasado de la equidistancia inicial ante la violencia terrorista a la

colaboración final. El monólogo muestra la disonancia existente entre el yo que actúa y el yo que juzga.

“es el fin de la cuenta atrás, no tendré reaños para oponerme [al pacto] [...] lo haré por conservar el abyecto, despreciable, mortecino rescoldo de mi viva indignidad.” (Guerra 2007:346)

Entre estos episodios transcurren seis meses y pico. Comienza un seis de noviembre de un año indeterminado con la llegada de una carta de extorsión y acaba en la primavera del año siguiente. Las alusiones al secuestro de un industrial ritman la progresión temporal de la acción. En el capítulo Veinte, jueves de carnaval, Casas resume: “Más de un trimestre lleva secuestrado el señor Larrañaga” (Guerra 2007:120). Lo que significa que la acción se sitúa en marzo. La prensa precisa la fecha del secuestro: “fue secuestrado la noche del catorce de diciembre al salir de una reunión en el Hotel Ercilla” (Guerra 2007: 178). El secuestro es, pues, posterior a la carta de extorsión. En el capítulo Seis, la reunión de familia para reunir la cantidad exigida se produce en mayo, ya que Casas recuerda lo publicado: “Con 143 días de cautiverio,[...] el secuestro del industrial [...] se convierte a partir de hoy en el más largo de los perpetrados por la banda terrorista” (Guerra 2007:287).

Ese medio año largo parece acontecer durante el primer gobierno vasco de la democracia (1980-1985). Ya existe gobierno autonómico: “El gobierno vasco lo puso al frente de la Oficina de Promoción de las nuevas Tecnologías” (Guerra 2007:83). Pero España aún no se ha integrado en la Comunidad Económica Europea: “las eléctricas, si entramos en el Mercado Común tienen que subir a la fuerza” (Guerra 2007:53). En el segundo paratexto, situado ya en el espacio ficticio, existe otra referencia temporal:

“Primero vinieron los nazis y se llevaron a los judíos. Naturalmente yo no protesté porque yo no era judío. [...] Graffiti en una pared de Eibain, *en vísperas de la manifestación del 18 de marzo*. Amaneció tachado por enérgico trazo y con la siguiente nota a pie de autor: da la cara fascista” (Guerra 2007: 9).

Entre este y el comienzo de la acción transcurren ocho meses y cambia el marco espacial. En ese tiempo elidido, Casas dejó el pueblo ficticio de Eibain por

la ciudad tres meses después de la susodicha manifestación. El primer paratexto advierte: "Todo parecido con la realidad es una coincidencia inevitable" (Guerra 2007:7). Así, la fecha de esa manifestación coincide parcialmente con la del 18 de marzo de 1989 que, bajo el lema "Paz ahora y para siempre", reunió en Bilbao doscientas mil personas para pedir a la banda que, con motivo de las negociaciones en Argel, renunciara a la violencia.

La amenaza es el instrumento esencial del terrorismo para alterar el comportamiento con el fin de conseguir una desorganización social importante. Mediante esta técnica, los terroristas se apoderan psicológicamente de la población para procurarse asistencia material. El poder del terrorismo se asienta sobre la extensión de un clima psicológico en el que se mezclan la amenaza, el miedo y la inseguridad (Manonni 2004:95). Los estudios sobre los efectos psicológicos del terrorismo muestran que las capacidades cognitivas del individuo amenazado disminuyen, pues centra únicamente la atención en sus emociones. Así, al romper el vínculo existente entre su comportamiento y los acontecimientos, se incapacita para controlarlos. El miedo es una emoción que repercute en los ámbitos afectivo-intelectual y biológico. Perturba el comportamiento del individuo, merma sus facultades intelectuales y disminuye su atención sobre la realidad. Está sometido a sentimientos anárquicos que le llevan a un grado elevado de emotividad y ansiedad. Las alteraciones físicas producidas por el miedo son numerosas: aceleración cardíaca, sudoración, sobresaltos, temblores, pérdida de la palabra, eclipse de la conciencia, palidez, congestión facial, espasmos, taquicardia, perturbación de la locución, trastornos digestivos, urinarios... (Mannoni 1995:15-18)

En La Carta, el miedo se plasma literariamente mostrando sus efectos en la esfera afectivo-intelectual y biológica. Este se explica como una reacción provocada por un estímulo, según las teorías clásicas de James y Langue (Mannoni 1995: 10)

"la parálisis del miedo es cerebral, se asienta en el hipotálamo y la velocidad de la huida resulta decisiva, algo tan paradójico como que al final sentimos miedo porque corremos" (Guerra 2007: 37)

Aceptar el miedo es un proceso que ritma la progresión de la acción. Primero se niega y se consuma el autoengaño: "no tiemblo es la falta de calefacción, la humedad, un principio de gripe, pero no tiemblo de miedo" (Guerra 2007:121) En segundo lugar, el miedo se sufre en soledad y se enmascara en sociedad. Por último, tras vencer la vergüenza, se acepta como realidad objetiva y se convierte en argumento para pedir ayuda. La respuesta del interlocutor es la incomprensión, bien porque este ignora cuáles son las repercusiones psicológicas y fisiológicas de esta emoción, bien porque no dispone de solución para erradicarlo. Esta actitud refuerza el sentimiento de soledad del atemorizado:

"- Es duro de decir, pero tengo miedo.

- Eso no importa, lo fundamental es no perder los nervios" (Guerra 2007: 130).

Las alteraciones fisiológicas que causa el miedo son el hilo conductor de los episodios de intimidación realizados a base de llamadas telefónicas. Van marcando la progresión de la emoción y la vulnerabilidad creciente del individuo. La primera llamada sin interlocutor provoca sudoración; la segunda, sudoración y ligeras alteraciones intestinales; la tercera, con interlocutor, alteración del ritmo cardiaco y definitivo descontrol intestinal. El yo parece escindido en diferentes estratos, pues la descripción de las reacciones anímicas y psíquicas alterna con las físicas. El monologante se convierte en espectador de sí mismo. De la focalización externa, que permite percibir los acontecimientos, pasa sin transición a la focalización interna que permite detallar su intimidad fisiológica y anímica.

Primero enuncia un hecho que se convierte en el estímulo que provoca una reacción anímica y una interrogación: "suena el teléfono y de golpe me siento amedrantado. ¿No serán?" (Guerra 2007: 64). El orden de los elementos a veces varía: "¿Quién puede ser a estas horas? Frío como un estilete el agudo sonido del timbre me atraviesa el alma" (Guerra 2007: 65). En estas variantes puede aparecer el monólogo auto-narrado seguido de la descripción de la respuesta fisiológica: "No existe ninguna razón me digo y sin embargo, el cuarzo del miedo cristaliza en mis cuerdas vocales." (Guerra 2007: 65). Las estructuras gramaticales similares – sintagma nominal sujeto cuyo núcleo comporta uno o dos adyacentes (el agudo sonido del timbre/ el cuarzo del miedo), verbo (me atraviesa/ cristaliza) y complemento (el alma / en mis cuerdas vocales)- producen, con su efecto repetitivo, un incremento de la tensión. Sirven también

para marcar la transición entre la descripción del plano material (físico y anímico) y las narraciones mentales que llenan el tiempo de la acción: el tiempo que transcurre desde que los hijos oyen el teléfono hasta que lo cuelgan. La asociación de sensaciones da lugar a una analepsis narrada en pretérito indefinido: "Tampoco supe qué decir cuando ocurrió lo de mi padre..." (Guerra 2007: 65). Este monólogo rememorativo finaliza con el juicio negativo sobre su reacción afectiva presente: "Me estoy enfrentando al problema dándole la espalda, hacía siglos que no me venía la juventud a la memoria..." (Guerra 2007: 65).

La rememoración, centrada en coches y viajes, y la sudoración que le provoca el miedo reaparecen en un relato estereotipado que ocupa su mente. En él, el sujeto se transforma en ente de ficción de una alegoría: no es un extorsionado, sino el conductor de un Pontiac, en Florida, que va a ser multado y que deberá pagar para continuar su ruta, libre. Los ámbitos físico y anímico del presente factual coinciden con el ficticio hasta imbricarse:

"No quiero imaginarme al autor de la llamada; el brutal rostro del motorista pidiéndome la documentación del coche coincide con el de quien acaba de abandonar el teléfono público de una cafetería tras gastarse un par de monedas en guardar silencio" (Guerra 2007: 66).

El presente es el tiempo del monólogo, pero sus valores son diversos. El presente puntual, que sitúa a la acción en el instante de la enunciación, se utiliza para describir o narrar las respuestas físicas o psíquicas del miedo mientras que el presente atemporal se utiliza para teorizar sobre el funcionamiento de la imaginación: "Nos evadimos por lo conocido en imágenes, la imaginación no da más de sí, es todo lo inédito que puede ofrecernos" (Guerra 2007: 66). De este modo, al enunciar una ley de tipo general con la que explica su actividad mental, el intelecto se impone a la emoción y se distancia de lo vivido. En cambio el presente iterativo aparece en sus palabras de padre de familia controlando ya mente y cuerpo y fingiendo serenidad ante los demás: "Bueno a veces ocurren estas cosas." Disimulo poniendo en el telediario un interés que disto mucho de sentir" (Guerra 2007: 66). Este último presente puntual marca igualmente la disonancia entre el mundo exterior y el interior.

En el episodio de la segunda llamada, la imaginación no se dispara porque Casas no está inmóvil como en el caso anterior, sino que actúa. La disonancia se produce en su propio interior, escindido entre la lógica y el autoengaño: “¿Quién puede ser, Nadie sabe que estoy aquí, ni siquiera yo sabía dónde iba a estar hace media hora. Nadie salvo quien me sigue” (Guerra 2007: 95). Se miente con una explicación tranquilizadora -“Es una confusión, seguro”- que desenmascara la reacción fisiológica involuntaria: “Empiezo a sudar y el vientre se me descompone. Carraspeo para asentar sin ningún temblor verbal mi demanda informativa, “¿quién es?” (Guerra 2007: 95)

Teorizar sobre las alteraciones cognitivas que produce el miedo parece tanto una excusa por su comportamiento como una reconquista de la lucidez, aunque el análisis revele el foso que existe entre la razón y la acción:

“El miedo te enmaraña, cualquier disparate cabe en su ilógico impulso [...] Me digo que es ilógico hacer volar por los aires al presunto contribuyente, pero rastreo una y otra vez la carrocería con obseso pánico.” (Guerra 2007: 96)

La tercera llamada la realiza el intermediario un mes después de su primer contacto. Las reacciones fisiológicas del amenazado, sus rememoraciones y el diálogo ritman la angustia que crece durante la conversación a medida que se concreta la exigencia de los terroristas. La rememoración de la muerte en accidente de tráfico de su amigo Ricardo es paralela a la de su padre en la primera llamada. Estos dos casos se convierten inconscientemente en modelos de su futuro comportamiento. El protagonista, que asiste impotente a la pérdida de control de su cuerpo y mente, queda reducido al papel de cronista de sus alteraciones fisiológicas. Objetiva la emoción gracias a la metáfora y a la comparación: “la amarga esfera del miedo rueda por mis entrañas hasta asentarse en la boca del estómago” (Guerra 2007:180), “la crispadura del miedo es una sacudida eléctrica,” (Guerra 2007:181) , “el miedo [...] circula como un poseso, poseyéndome a través del sistema digestivo” (Guerra 2007:181). El miedo aparece como un cuerpo extraño y móvil dentro del intestino, como un agente invasor que provoca movimientos de sentido contrario. Por un lado los ascendentes, de conquista, movimientos intestinales y cardiacos: “las convulsiones del pánico son cada vez más fuertes, cuando llegue el momento me fallará el corazón” (Guerra 2007:181). Por otro, el movimiento descendente, de derrota, el de evacuación: “Aprieto las nalgas con todas mis fuerzas, [...] la

traición de mi esfínter anal es tan instantánea que apenas me da tiempo de contrarrestarla...” (Guerra 2007:181).

Su impotencia es proporcional a la precisión minuciosa con la que describe su actividad intestinal, muscular y las sensaciones táctiles de la materia fecal. Es consciente a la vez de la disfunción de su mente:

“El que teme padecer padece ya lo que teme y en tal situación me encuentro [...] se me va la cabeza y cualquier razonamiento me resulta demasiado ímprobo” (Guerra 2007:183).

Cuerpo y mente alterados hasta su límite preceden, anticipan e incluso condicionan la derrota de su voluntad en forma de su sumisión: “pagaré lo que me pidan y será como tirar de la cadena, un alivio” (Guerra 2007:183)

Las alteraciones cognitivas causadas por el miedo estructuran otro episodio en el que Casas, presionado, vuelve a claudicar. Unos delincuentes comunes se sirven de su infidelidad para chantajearle. El interpreta la situación utilizando un postulado inamovible: son sus extorsionadores disfrazados. El discurso del locutor muestra la disonancia que se produce simultáneamente entre la percepción sensorial de las acciones de los agresores y su percepción cognitiva. Así, el sonido de la máquina fotográfica lo interpreta como si fuera un disparo a pesar de que falla la relación de causa y efecto: “con silenciador suena el disparo y me sorprende no percibir el choque de ningún proyectil en la nuca, está detrás de mí y, según dicen, siempre disparan a la nuca” (Guerra 2007:220). La disonancia se expresa mediante el uso de presentes de diferente valor: por un lado, presentes con valor puntual que describen los hechos -suena, me sorprende, está- y por otro presentes iterativos que presentan hechos habituales, probados -según dicen, siempre disparan-. Expresa las dificultades que tiene para descifrar la realidad mediante una sintaxis emotiva, con verbos de sentimiento, de pensamiento, que alterna con la descripción objetiva de unos hechos cuyo alcance distorsiona mediante valoraciones subjetivas. Lo que debería interpretar como sorpresa del agresor lo interpreta como ira:

“No alcanzo a interpretar la dilatación de las pupilas del joven ni la contracción de sus puños, temo se desate su furia [...] Hay asombro en su

mirada, se tapa la boca con las manos como queriendo retener la condena y mueve negativamente la cabeza. Estoy perdido” (Guerra 2007: 224).

Su discurso tiene también un valor performativo, pues con él se autosugestiona mediante repeticiones obsesivas: “Son ellos tienen el don de la ubicuidad y recuerdo las palabras de Izíar, en cualquier momento contactarán imprevisibles pero explícitos”(Guerra 2007: 223) ,“Son ellos y hay que negociar” (Guerra 2007: 224)

Convencido de la significación oculta de los signos de la realidad, estos actúan a su vez como un estímulo que provoca una respuesta física automática, descrita a su vez mediante un modo de expresión fijo ya convertido en idiolecto:

“ Al reconocerle el impacto del miedo golpea sobre la diástole de mi corazón, hay un ritmo que se quiebra. – Cristo, me va a dar un infarto” (Guerra 2007: 223)

No deja sin elucidar el por qué de su claudicación, como si al final debiera prevalecer el intelecto sobre la emoción. La intelectualiza buscando una teoría explicativa que funciona como ley general de causa y efecto. De esta manera atribuye toda la responsabilidad de sus actos a los agresores:

“ soy hombre muerto. Lo que quieran, aceptaré lo que propongan [...] y ahora comprendo que haber provocado mi desnudez no es un acto gratuito, el estar en cueros vivos frente a alguien vestido es una de las más eficaces desmovilizaciones de los recursos de un hombre.” (Guerra 2007:225)

2. La alteración del vínculo social.

La defectuosa lectura de lo real se produce porque el amenazado se encuentra en una sociedad de máscaras. No siempre acierta a reconocer si está ante una y quién se encuentra bajo ella. El policía infringe la legalidad proporcionándole un arma adoptando la apariencia de un joven radical. El intermediario disfraza con ropa deportiva su condición:

“lo importante es mantener los hábitos, lo habitual inspira confianza. Me entreno por estas veredas tres veces a la semana y con distintos compañeros, así es que no llamaremos la atención” (Guerra 2007: 101)

Igualmente banaliza su discurso con el fin de presentar la negociación como un hecho trivial: “hay que comprenderles, andan necesitados de dinero ¿Cuánto desearía pagar?” (Guerra 2007:102)

El extorsionado desactiva el cinismo del discurso parcialmente, pues él también se autocensura, al tiempo que se plantea las consecuencias éticas de sus actos. La disonancia entre el comportamiento ideal y su comportamiento real le lleva cuestionarse su identidad: “Necesitan dinero para comprar armas y quieren armas para... Con mi dinero no, debería negarme si fuera un héroe además de un hombre honesto. ¿Lo soy?” (Guerra 2007:102)

Una sociedad paralela – funcionarios de hacienda, nacionalistas, abogados, banqueros -que trabaja en la sombra para el terror se desvela ante sí. Su condición de víctima le permite acceder al conocimiento profundo de esa realidad que creía conocer. Una red de intermediarios conecta el poder de los terroristas con el político-financiero nacionalista (Guruchaga 2002:189-201). Se forma así una trinidad que pervierte la legalidad e instaura la anomia:

“Está prohibido pagar el impuesto o un rescate, en teoría hasta se podría ir a la cárcel aunque no se ha dado el caso, hacen la vista gorda. Es un dinero negro que blanqueamos con un crédito limpio entre la Caja y el interesado [...] Yo soy quien lo concede, pero necesito el visto bueno de la Diputación. ¿Eres del partido?” (Guerra 2007:169)

Paralelamente, descubre una sociedad compuesta de víctimas desunidas que ocultan su condición. Gracias a los efectos del miedo en el ámbito colectivo, los terroristas alcanzan su objetivo último que es obtener la desmovilización social ante el terrorismo. La ausencia de coherencia social y de solidaridad frente la violencia terrorista favorece la extensión del terror y, en consecuencia, su dominio psicológico sobre la población afectada. (Manonni 2004:120-121)

La desmovilización social tiene lugar tanto en el ámbito de las relaciones sociales como en el de la familia. El círculo social de Luis Casas aparece como un grupo cohesionado por la amistad que se cultiva tanto en el ámbito doméstico

como en espacios de sociabilidad pública: la sociedad gastronómica. Bajo esa aparente normalidad, cada uno carga con su pasado de víctima. Sus historias constituyen un auténtico catálogo de actos terroristas. Pepe fue secuestrado al aire libre para robarle el coche que sirvió para cometer un asesinato y un robo, Iñigo sufrió un falso accidente automovilístico, Luis-Koldo, su propio hijo, cedió a la presión y actuó en contra de sus propios intereses. El nacionalista Josean sufrió daños materiales en su hogar por la explosión de un coche bomba. Sólo al azar le debió no ser víctima directa y mortal del terrorismo:

“ Por fortuna repito, una carnicería no tan indiscriminada como puede aparecer a primera vista, ninguno de los cadáveres era civil [...] localicé la pieza de metralla que había arruinado nuestra salita [...] un bulón de ferrocarril de por lo menos medio kilo de peso [al recogerlo del suelo estaba tan caliente que me abrasó la mano” (Guerra 2007:107)

Posteriormente, se convirtió en amenazado de muerte por el autor del atentado. Su vida depende de no denunciar al autor material de la masacre:

“se llevó el índice a los labios recomendándome silencio y después agitó con suavidad la palma abierta de la misma mano como cuando amenazamos a los niños con un cachete. Es el hijo de un amigo. [...] No revelaré su identidad así me torturen y no me preguntes por qué, ahora lo sabes tan bien como yo” (Guerra 2007:109)

Cada víctima de su círculo social le ayuda proporcionándole contactos que le permitan resolver la extorsión. Josean le pone en contacto con el intermediario de la banda y Pepe con la policía. Este acto de solidaridad se revelará parcial, pues sus amigos nunca lo acompañan a las citas apalabradas para no mostrarse en público con él y poco a poco lo evitan.

El otro tipo de ayuda consiste en revelarle el secreto de su condición de víctimas y de cómplices. Las historias de cada personaje se introducen de la misma manera: “Recuerdo la confidencia de Josean/Pepe/Iñigo”. Cada narración cumple una función bien específica: llenar un tiempo muerto. Recuerda la confidencia de Josean para posponer la toma de la decisión capital ante el intermediario: pagar o no pagar. Evocar la confidencia de Pepe tras la entrevista con la policía le sirve tanto para llenar la espera que provoca el plantón de su

amigo como para disculparlo. La de Iñigo aparece como la reactivación de un recuerdo cuando, negociando el crédito en la Caja, oye el nombre de un abogado contra el que el empresario le puso en guardia.

¿Qué tienen en común estas tres historias? En primer lugar son historias desveladas en la intimidad a alguien que se considera igual por el hecho de estar amenazado. Tienen algo de rito iniciático. Pues la condición de extorsionado parece conferir al receptor del relato un conocimiento, una sensibilidad especial, que le permite comprender rectamente el mensaje que se le comunica: el porqué del silencio y de la colaboración. Ninguna de las tres víctimas denuncia a sus agresores. Por ser hijo de un amigo suyo, Josean no denuncia al terrorista que voló parte de su casa y le amenazó de muerte; Pepe no denunció a sus secuestradores por miedo a ser implicado en los delitos a causa de la presencia de sus propias huellas en el coche y del dinero que le obligaron a coger; Iñigo tampoco denunció la agresión sufrida ni el robo y destrucción de su coche por miedo a las represalias.

Estas historias sirven además de contrapunto para mostrar cómo actúan en público esas mismas víctimas-cómplices. En sociedad dan una versión falsa de lo ocurrido. Es el caso de Iñigo al hablar de su "accidente": "Las cosas ocurrieron de muy diferente forma a como os las conté entonces y supongo que tú ahora, en tus actuales circunstancias puedes comprenderme" (Guerra 2007: 172)

O simplemente fingen ignorar la realidad hasta tal punto que la negación de lo real se convierte en regla de sociabilidad: "Por el volumen del estruendo calculo que habrá sido cerca [...] Fue una impertinencia el preguntarlo, hay temas de los que no se habla en un lugar público y menos en una sociedad gastronómica" (Guerra 2007: 54).

En segundo lugar sirven también para contar los estragos que causa el miedo intenso. Confesar sus vergonzosas perturbaciones físicas y cognitivas equivale a romper un tabú, a hacer entrar a la víctima en la comunidad de los amedrantados, a mostrar las similitudes de las experiencias vividas. Pepe cuenta su parálisis física y su bloqueo mental al tiempo que teoriza sobre las alteraciones cognitivas que produce el miedo: "me temblaba el volante como si me hubieran dado tercianas [...] Me habría cagado en su madre, pero ni hablar podía. Sólo tenía una idea fija [...] lo que me obsesionó sólo fue el identificarlos.

El terror te fija un motivo absurdo [...] hasta que no me abandonaron no caí en la cuenta de que iban a rostro descubierto. No los recordaría así se nos presentaran aquí mismo a saludarnos” (Guerra 2007:134)

En tercer lugar, sirven para mostrar cómo la víctima es comprometida en el mal, participa en él y se hace cómplice: “Hay cosas que te pringan aunque seas la víctima” (Guerra 2007:133). La víctima es consciente de ello y de su propia degradación moral: “me metieron cinco mil pesetas en el bolsillo. El colmo, “toma, por el alquiler”. Ni siquiera se me ocurrió tirárselas a la cara [...] y mucho me temo que encima farfullase unas tímidas gracias, tan contento estaba de recuperar la libertad.” (Guerra 2007:136)

Estas historias intercaladas condensan el sentido de la novela y anuncian a la vez la suerte que le espera a la víctima: participará en el mal y será cómplice para conservar un privilegio. Las tres presentan una estructura similar: se narra el hecho terrorista, después las reacciones tíméricas de las víctimas y por último su claudicación moral y su colaboración.

Desde el punto de vista estructural y temático, hay coincidencias entre estas historias y *Tantos inocentes*. En *La Carta* los amigos de Casas tienen todos un pasado de víctima del terrorismo y de silencio cómplice. En *Tantos inocentes*, los miembros de la cuadrilla, que participan en el linchamiento del policía municipal, todos tienen un pasado de crímenes o delitos impunes. En *La carta* participan en el mal por omisión mientras que en *Tantos inocentes* participan activamente en él en diferentes grados y niegan su culpabilidad.

Casas sufre progresivamente el aislamiento, pero, con su pasividad ante la suerte de otras víctimas, él contribuye igualmente al deterioro del vínculo social. Su reacción ante el secuestro del empresario muestra no sólo el transcurso del tiempo sino también su evolución psicológica. En primer lugar se compara con él en calidad de víctima, consciente de la existencia de una graduación de la violencia en función de la pureza racial:

” pero ante la última pena sabe que no es inocuo el derramamiento de la propia sangre y de ese conocimiento sacará fuerzas de flaquezas” (Guerra 2007:117)

No ignora hasta qué punto su suerte está unida a la del secuestrado, en quien piensa por mero interés personal: "no es por generosidad o compasión el que me venga a la memoria; si consigue pagar los cientos de millones mi problema disminuirá de forma sensible" (Guerra 2007:120)

El alargamiento del secuestro únicamente le inspira reflexiones de psicología social: "El pueblo solo reacciona, si lo hace, cuando el mal ajeno de una persona concreta es tan melodramático como para merecer la primera página" (Guerra 2007:232)

El sentimiento de empatía se produce sólo en medio de una negociación familiar. Compara el sufrimiento desigual de las víctimas con el de las familias: "lo que le estará pasando a ese pobre hombre" p. 286. El vínculo familiar también se distiende pese a la retórica de la solidaridad: "en realidad se están diciendo que nada les puede ocurrir a ellos pues jamás se han vengado en la familia" (Guerra 2007: 287).

Cuando Casas decide huir, su destino se cruza con el del secuestrado una vez más. De esta manera se muestra que el aislamiento de las víctimas es ficticio, pues todas ellas están en situación de interdependencia. La colaboración silenciosa de Josean no impide que la banda lo extorsione, dada la falta de ingresos originada por las complicaciones en el pago del secuestro y por la condonación de la extorsión de Casas.

La degradación de la solidaridad familiar corre paralela a la implicación personal de los familiares en el esfuerzo económico común. Cada miembro protege sus intereses recurriendo cínicamente a cualquier argumento. Para evitar pedir un préstamo al banco en el que trabaja, su yerno esgrime el argumento ético: "hay un problema ético, además de ilegal. El pago se destina a un grupo revolucionario que preconiza la lucha armada. Es un problema intransferible" (Guerra 2007:193). Se presenta como moralmente superior a la víctima que acepta la extorsión. Cuando el grupo familiar comprende que salvar a la víctima, vendiendo todos sus bienes, supondrá un cambio de estatus social, se produce una reacción defensiva. Atacan a la víctima y la hacen responsable de la situación. La suegra lo culpabiliza obviando la coincidencia ideológica que existe entre quienes extorsionan y ella misma. En su esquema mental, extorsión y ruina son la consecuencia de haber introducido un no vasco en la familia:

“En mi familia jamás ocurrió una cosa así, si viviera mi Shanti te daría lo que mereces, sinvergüenza, que no eres más que eso, un sinvergüenza que nos quiere llevar a la ruina.”(Guerra 2007: 280)

Una vez deshecha la solidaridad familiar, la desaparición física del agente perturbador del clan se postula como la única solución posible, pese a que anteriormente ya se había descartado la idea del destierro. El extorsionado se convierte en víctima propiciatoria con cuyo sacrificio redime al grupo que no consiente el suyo propio: “Ya está ahita, vete, desaparece. Es la solución, a nosotros no nos harán nada, nunca se vengán en la familia” (Guerra 2007:286).

Desde el punto de vista de la sociología, el sacrificio de la víctima se entiende como un acto que protege al grupo de su propia violencia y que restaura la armonía perdida (Girard 1979:8). Desde el punto de vista de la psicología social, se trata de “soltar lastre”, una operación que acaba con la solidaridad del grupo ante el terror. El terrorismo modifica la vida social y la naturaleza del vínculo de tal manera que la solidaridad social ordinaria caduca y las relaciones se modifican radicalmente. Cuanto más se precisa la amenaza, más se distiende el lazo social y más altera la vida en sociedad (Manonni 2004:122-128).

3. La respuesta al miedo y a la exclusión social.

El sentimiento de miedo, desde el punto de vista psicológico, surge cuando el individuo reconoce que le amenaza un peligro real o imaginario. Si puede eliminar la amenaza por la fuerza, responderá mediante una agresión de defensa. Si, por el contrario, no puede resistir a ella, huirá o se someterá (Manonni 1995:11).

En *La Carta* no existe agresión de defensa hacia el victimario porque este es invisible e inatacable. Casas cede al chantaje, pero su sometimiento fracasa al no poder reunir la suma. El destierro-expulsión, decidido por el clan familiar para salvaguarda de sus bienes, se convierte en proyecto de fuga indefinida que también fracasa, pues el desorden emocional de Casas altera sus facultades intelectuales. Al individuo amedrantado le asaltan ideas imprecisas y desordenadas, le invaden pensamientos arcaicos y no utiliza la lógica (Manonni

1995:12-13). Casas es incapaz de eliminar razonamientos incoherentes y asaltos de la imaginación para coordinar el análisis lúcido de la realidad objetiva con la acción lógica. Primero se descubre yendo en dirección contraria a la de su destino, pese a lo cual, hacia el puerto de Altube, situado a unos 50 kms al sur de Bilbao, sigue aún dando por sentado lo que sucederá en la cita a la que no acude: "el problema no es si resistiré la mirada de los activistas, si estrecharé la mano que me ofrezcan [...] la auténtica cuestión es si me atreveré" (Guerra 2007:322). Se metamorfosea en un pseudo-suicida, tras toparse con un control policial, que imagina instalado para capturarlo, pese a su lucidez momentánea: "resulta absurdo que lo hicieran en sentido contrario a la frontera, no pueden haber adivinado mi pensamiento" (Guerra 2007:323). El suicida aparece en posesión de sí mismo, pues la muerte voluntaria, según Améry, es el camino que lleva al hombre a adueñarse de sí y a la libertad:

"la muerte voluntaria es [...] una muerte querida libremente, es un asunto altamente individual cuyo cumplimiento está vinculado al entorno social, pero gracias a la cual, a fin de cuentas, el hombre está solo consigo mismo, frente a la cual a la sociedad no le queda más que callar" (Améry 1996:104)

Casas recupera la voluntad y la libertad perdidas ejerciendo la violencia contra las fuerzas del orden, no contra sus victimarios, para tomarse una revancha sobre sí mismo:

"Soy alguien que quiere atravesar ese control y lo va a conseguir por encima de cualquier obstáculo físico o humano; por fin me atrevo a cruzar una barricada, paradójico estímulo el de la carta sin remite. Acelero a fondo" (Guerra 2007:325)

A lo largo de su calvario, le han ido asaltando las ideas de muerte. Unas veces piensa que será una respuesta fisiológica al miedo: "Toda mi sangre se refugió en mi corazón sin atreverse a circular, empalidecí. [...] Los cobardes mueren mil veces, pero no será mi caso, moriré a la primera. Me fallará el corazón" (Guerra 2007:176)

Otras veces le asaltan imágenes de velocidad y muerte, como si en el acto suicida existiera un componente mimético, con las que identificarse con sus modelos masculinos, su padre y Ricardo:

“Circular a esta velocidad es un suicidio, me matarán si atropello a alguien pero sigo buscando una salida. Así se mató mi padre en su último y único viaje en coche” (Guerra 2007:120)

En cambio le resulta más duro asumir un suicidio que no se confunda con un accidente. En su primera tentativa, se queda en la frontera que simboliza el acantilado: “Empapado hasta los tuétanos me siento desnudo y listo para el tétrico salto del ángel. Graznan allá abajo fúnebres aves marinas” (Guerra 2007: 274)

Como señala Améry, la muerte voluntaria es más que una autoeliminación. Es una progresión sobre una vía ya abierta que lleva al suicida a atacar el mundo exterior, a liberarse de él, en un estado de euforia o borrachera. (Améry 1996: 84-138). Casas vive el gozo de la transgresión como una liberación absoluta. Deja de verse como objeto amenazado para comportarse como dueño inalienable de su vida. Su infracción modifica su estatus de víctima: “Soy una víctima, quizá una baja del común enemigo, ya no tiene sentido la amenaza [...] por fin me he librado de esos malditos”. (Guerra 2007: 329).

Morir por los disparos de la guardia civil le permite maquillar su suicidio para controlar su imagen post-mortem confiriendo una parte de culpa a los enemigos de sus victimarios, así se libera del estigma de la culpabilidad que toda víctima siente (Calleja, 2003:163-165). Su culpa es una mácula invisible y terrenal, simbólicamente lavada por la materialidad de la lluvia, pues, pese al empleo de términos religiosos, el herido no muestra preocupaciones metafísicas: “ la lluvia es un agua bautismal que me libera de toda culpa, que me envuelve en la nube del olvido confiriéndome la gracia de la serenidad y el perdón” (Guerra 2007:329). Este léxico religioso subraya la deificación de los terroristas que, con sus decisiones, usurpan el lugar de Dios. El que la víctima retome mediante el suicidio el poder sobre su vida constituye el mayor acto de rebeldía contra ellos, una blasfemia en cierto modo. Aquí está muy presente la concepción cristiana del suicidio como delito de lesa majestad divina con el que el individuo pretende liberarse de la providencia y ser más fuerte que Dios (Sorel, 2003:39-41)

La violencia funda siempre un nuevo orden (Mafessoli 2009:41). El suicidio fracasado de la víctima inaugura una etapa de degradación moral. Al fracasar por dos veces en su estrategia de liberación, sólo le queda el sometimiento como única respuesta. En la nueva situación seguirá sacando partido a su ambigua

tentativa de suicidio. Deja de pensarse como suicida sin llegar a considerarse presunto homicida: "No puedo preguntar por el muchacho que me apuntaba con el cetme y sobre el que me precipité nunca sabré si queriendo, ¿ha muerto?" (Guerra 2007:337)

De la misma manera, sus victimarios también maquillan la fuga para obligarle al pacto. Le conceden una especie de perdón tácito con el que demuestran haber comprendido el mensaje de su tentativa. Desde el punto de vista literario, este pacto con el mal tras una idea de suicidio remite indudablemente a la tradición fáustica (Aldrich 2011:183-200). Sin embargo, no podemos limitarnos únicamente al paradigma literario. Hay que tener en cuenta la historia del siglo XX, como se sugiere desde el segundo paratexto con el poema atribuido a Bertold Bercht, con el que se establece un paralelismo con la Alemania de los años treinta. Al pactar su confort, la víctima y su familia pactan entrar en la zona de la complicidad impuesta, de la que no hay vuelta atrás.

Según Primo Levi, el mundo de los campos de concentración era indescifrable para los recién internados, que se esperaban una diferenciación clara entre víctimas y verdugos. Descubrían que existía una zona intermedia, que él llama zona gris, compuesta por víctimas que colaboraban en diferentes grados con sus victimarios a fin de conservar un ínfimo privilegio. Al degradar a sus víctimas causándoles una enfermedad moral, el nacional-socialismo las hacía similares a sí mismo. Este desplazamiento de la culpa hacia las víctimas lo practicaban también las organizaciones terroristas y criminales:

"... esta manera de actuar es conocida en las asociaciones criminales de todos los tiempos y lugares; siempre practicada por la mafia; entre otras cosas, es lo único que puede explicar los excesos, de otra manera indescifrables, del terrorismo italiano de los setenta" (Levi 2005:503)

La complicidad con el mal envilece a las víctimas. Desde que recibe la carta, Casas experimenta física y psíquicamente el miedo intenso, el terror, que le provoca la amenaza. En cambio, desde que le proponen el pacto se sitúa más allá del terror: se percibe "instalado en el horror" (Guerra 2007:342). La lluvia simboliza los sufrimientos causados por el terror (Cruz 1990:162) mientras que el sol radiante preside el advenimiento del horror. Este, que tiene su raíz en el interior del individuo, se lo causa su propia claudicación. Una vez más en

disonancia absoluta, analiza y justifica el alcance de su degradación moral que viene compensada con los beneficios sociales que le reporta:

“una acción mala es mucho más tolerable si no somos nosotros los únicos en verificarla dentro del grupo en que nos es dado vivir, la estimación de los demás es tan importante que incluso se participa en el mal que los otros hacen para no sentirse aislado del colectivo, y ser todos culpables no solo viene a significar no perder la estimación de los otros sino también una conciencia de culpa que se comparte hasta diluirse y desaparecer en la común aceptación. No se puede caer más bajo.” (Guerra 2007: 348)

El beneficio mayor es evitar la exclusión del grupo dominante. Este proceso sociológico, denominado “la espiral del silencio”, comienza con el silenciamiento de las opiniones personales si chocan con los valores del grupo (Noelle 1995: 63).

La construcción del personaje protagonista es uno de los pilares de la poética de Guerra Garrido:

“El personaje existe cuando se consigue imprimirle carácter, esta es otra circunstancia sacramental cuyo cómo no sé explicar; salvo que me encuentro cómodo cuando me habla en primera persona del presente de indicativo.” (Guerra 1988:21)

Para crear su paradoja favorita, un antihéroe que fracasa en el éxito (Guerra 1988:21), el novelista lleva al límite la ambigüedad trágica que caracteriza a las víctimas de la extorsión terrorista. Casas, representante de la clase media luchadora, triunfa económicamente y fracasa moralmente. En su periplo de víctima, pasa del terror al horror: consiente en convertirse en víctima sojuzgada. Su debilidad ilustra la esencia de la tiranía teorizada por La Boétie en su *Discurso de la servidumbre voluntaria*: “se llega a ella por favores o por los favores a los favores, por los beneficios, por las ganancias compartidas con los tiranos; al final hay casi tanta gente que saca provecho de la tiranía como gente que desearía la libertad” (La Boétie 2002:47)

Bibliografía

- Abellán, J.L. (2008). *La carta* (1990) documento histórico y denuncia moral. Pacheco D. (ed.) *Raúl Guerra Garrido en el Ateneo de Madrid*. Madrid: Ateneo de Madrid.
- Aldrich Mark, C. (2011), "Salvable obstáculo": Mefístoles, máscara miedo y culpa en *La Carta*. Ascunca, J. A. y Rodríguez, A. (eds), "Haz lo que temas": la novelística de Raúl Guerra Garrido. Bilbao: Universidad de Deusto, pp.183-200.
- Alonso Rey, M. D. (2007). La imagen del terrorista en la novela actual española. *Signo y lectura*, Universidad de León, nº 2, pp. 325-354.
- Alonso Rey, M. D. (2014). Juego y trampa en *La soledad del ángel de la guarda* de Raúl Guerra Garrido. Gimbert A., Lorenzo L. (dir.). *Le jeu, ordre et liberté*. Le Mans : Almoreal/Editions Cénomane, pp.75-86.
- Alonso, R., Domínguez, F., García Rey, M. (2010). *Vidas rotas: La historia de los hombres, las mujeres y los niños víctimas de ETA*. Madrid: Espasa Calpe.
- Améry, J. (1996). *Porter la main sur soi*. Arles : Actes sud.
- Buesa, M. (2011). *ETA, S.A., el dinero que mueve el terrorismo y los costes que genera*. Barcelona: Planeta.
- Calleja, J. M. (2003). *Héroes a su pesar*. Pozuelo de Alarcón: Espasa Calpe.
- Calleja, J.M. (2006). *Algo habrá hecho*. Pozuelo de Alarcón: Espasa Calpe.
- Cannone, B. (1998). *Narrations de la vie intérieure*. Paris: Klincksieck.
- Cohn, D. (1981), *La transparence intérieure*. Paris : Editions du Seuil.
- Cruz Mendizábal, J. (1990). La carta de Raul Guerra Garrido: huracán de pánico. *Letras de Deusto*, nº 48, vol.20, pp. 161-170.
- Cuesta, C. (2000). *Contra el olvido*. Madrid: Ediciones Temas de Hoy.
- Cuesta, C. (2007). La respuesta social ante el terrorismo y sus víctimas. VV.AA. *Las víctimas del terrorismo en el discurso político*. Madrid: Editorial Dilex y Fundación Miguel Angel Blanco, pp. 11-22.
- Chrétien, J.L. (2009). *Conscience et roman. La conscience au grand jour*. Paris : Les éditions de Minuit.

- García Ronda, A. (1998). Breve parte de Guerra. Madrid: Huerga y Fierro Editores.
- Girard, R. (1979). Violence and Sacred. Baltimore: The Johns Hopkins University Press.
- Guerra Garrido, R. (2007). La carta. Madrid: Alianza Editorial.
- Guerra Garrido, R. (1988). De la imaginación a la imagen, ida y vuelta. República de las letras revista literaria de la Asociación Colegial de Escritores, nº2 (julio), pp. 21-22.
- Gurruchaga, C. § San Sebastián I. (2002). El árbol y las nueces. La relación secreta entre ETA y el PNV. Madrid: Ediciones Temas de Hoy.
- Houen, A. (2002). Terrorism and modern literature: From Joseph Conrad to Ciaran Carson. New York: Oxford University Press.
- La Boétie, E. de (2002). Discours de la servitude volontaire. Paris: J. Vrin.
- Levi, P. (2005) Trilogía de Auschwitz. Barcelona :El Aleph Editores.
- López Santos, M. (2008). Teoría de la novela gótica. Estudios Humanísticos. Filología, nº30, pp. 187-2010
- Llácer Llorca, E. (1996). El terror en la literatura: El diseño de la "Tale" de Poe. Revista Española de Estudios Norteamericanos, Nº 11, pp. 9-24.
- Mafessoli, M. (2009). *Essais sur la violence*. Paris : CNRS éditions.
- Mannoni, P. (1995) La peur. Paris : Presses Universitaires de France
- Mannoni, P. (2004). *Les logiques du terrorisme*. Paris: In press éditions.
- Noelle-Neuman, E. (1995) La espiral del silencio. Opinión pública: nuestra piel social. Barcelona: Ediciones Paidós.
- Rifaterre, M. (1980) La trace de l'intertexte. *La pensée*, nº 215, pp.4-18.
- Samoyault, T. (2001). L'intertextualité. Paris: éditions Nathan.
- Sorel, P. (2003) Le geste ultime, Lyon : Presses universitaires de Lyon.
- Sueiro Seoane, S. (2008) El terrorismo anarquista en la literatura española, Espacio, tiempo y forma. Historia contemporánea, Nº20, pp. 37-69.
- Veignes, M. (2009). La peur et ses miroirs. Paris: Editions Imago.
- W.A.A. (2004). *Studies of the novel*. University of North Texas, Nº3, Vol. 36.